HARLEQUIN™

Bianca™



Atrapada en sus brazos

India Grey

Atrapada en sus brazos

India Grey

Bianca™

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 India Grey. Todos los derechos reservados.
ATRAPADA EN SUS BRAZOS, N.º 1847 - julio 2011
Título original: The Italian's Captive Virgin
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-667-2
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

EL VESTIDO era de seda color marfil, con mucha caída. En los años cincuenta había sido un traje de fiesta que había pertenecido a la *grandmère;* y la madre de Anna lo había arreglado para que se ajustara al delgado cuerpo de la niña y añadido un lazo a la cintura, justo por encima del vuelo de la falda.

–Es precioso –dijo Anna mientras se miraba al espejo con la mirada rebosante de felicidad–. Justo lo que llevaría una novia de verdad. Es el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. Gracias, mamá.

Lisette sonrió.

–Feliz cumpleaños, *chérie*. Tú sí que estás preciosa. Pareces una princesa de cuento.

Anna frunció el ceño, sabiendo que no era verdad. Las princesas de los cuentos serían rubias y de ojos azules, como su madre; no tendrían el pelo negro y la piel aceitunada como ella. Pero de todos modos le encantaba el vestido.

Tenía suerte de que su cumpleaños cayera en verano, cuando su madre y ella estaban con *grandmère* en Château Belle Eden, y ese verano se lo habían pasado jugando a las bodas. Recogía montones del flores de los jardines del castillo y formaba guirnaldas con hojas de hiedra y jazmines con los que decoraba las barandillas, y juntaba grandes y perfumadas rosas en ramos. En la tarde calurosa y pausada, mientras su madre tocaba el piano en el salón, Anna bajaba las escaleras alfombrando el suelo de pétalos a su paso, hacia su desposado imaginario.

Se lo imaginaba al pie de la elegante escalera, con el mismo aspecto que el príncipe de sus cuentos de hada: alto, rubio y elegante. Anna imaginaba una y otra vez el momento en el que él se volvía y la miraba: el amor que ardía en sus ojos azules siempre la dejaba sin respiración.

Capítulo 1

C'EST tout, mademoiselle?

Anna echó un último vistazo a su infancia amontonada en la parte de atrás del camión de subastas, y aspiró hondo.

–Sí. Es todo.

El hombre subió la portezuela trasera y se sacudió el polvo de las manos.

–*Bien, mademoiselle*. Sólo quedan unas cuantas cajas en el ático; pero nada que pueda venderse en el salón de París, me temo. Tal vez en alguna empresa local, sí.

Anna asintió con distracción mientras golpeaba la grava del suelo con la punta de la bailarina de ante verde. Entonces se dio cuenta: llevaba tanto tiempo en chanclas de esparto y viviendo con los del grupo Green Planet que casi había olvidado cómo se comportaba uno con ropa normal.

Se puso derecha y miró al hombre con una sonrisa de disculpa. La expresión del hombre se suavizó. Habiendo trabajado tantos años para la mejor casa de subastas de París, nada debería sorprenderlo ya. Los aristócratas ingleses eran bastante excéntricos, pero *lady* Roseanna Delafield no se parecía a ninguno de los que había conocido. Con su sedoso cabello negro veteado con mechones rosados y sus rápidos y gráciles movimientos de bailarina, era como un gato de raza que se hubiera perdido. Ese día llevaba el pelo recogido en un discreto moño bajo, y vestía un vestido corto de lino

negro que resaltaba la tonalidad albaricoque de su piel. Pero nada podía ocultar la vulnerabilidad tras sus grandes ojos negros.

–*Bon chance, ma petite* –le dijo el hombre con amabilidad mientras se montaba en el asiento del conductor–. Es triste decir adiós al lugar donde hemos sido felices, ¿verdad?

Anna se encogió de hombros con tristeza.

–Sí, pero tal vez no sea un adiós definitivo...

El hombre sacó la cabeza por la ventanilla y se echó a reír.

–A veces ocurre un milagro –arrancó y le guiñó el ojo–. Lo mereces. *Au revoir.*

Anna observó la camioneta desaparecer entre los pinos al dar la curva, antes de regresar tranquilamente al *château*. En el interior el aire cálido y pesado del verano olía a rancio, y Anna paseó la mirada con desolación por el otrora espléndido vestíbulo de entrada.

Subió las escaleras despacio, con sus zapatitos de tacón bajó repiqueteando sobre el sueño cubierto de hojas. Por encima de ella, milagrosamente, la cúpula de cristal emplomado seguía intacta, y en ese momento un rayo de luz iluminaba suavemente las escaleras. Sonrió al recordar lo mucho que había disfrutado de niña tratando de atrapar los rayos de sol reflejados en las escaleras y en el vestido blanco que su madre le había regalado ese verano por su cumpleaños y con el que ella había jugado a las bodas.

Había sido el verano antes de morir su madre.

El sonido del móvil la sacó de su ensoñación.

–Fliss, voy de camino –dijo Anna–. Los de la subasta se acaban de marchar, así que voy a cerrar y a marcharme.

–De acuerdo, cariño, te pediré un Martini bien cargado –dijo Fliss en tono comprensivo–. ¿Vas a tomar el autobús?

–No. Uno de los chicos de Green Planet me va a prestar una bicicleta; como sólo son unos cuantos kilómetros.

Fliss soltó una risotada.

–Estás de broma, ¿verdad? Anna, nadie ha llegado jamás al Hotel Paradis en bicicleta. ¿Quieres que te la aparque el portero?

Anna frunció el ceño mientras salvaba un tramo corto de escaleras que conducían al ático.

–No seas tonta. No veo por qué tendría que llenar el ambiente de dióxido de carbono sólo para que los porteros del Paradis sigan cobrando propinas.

–De acuerdo, de acuerdo, no me eches el sermón medioambiental –la sonrisa se desvaneció de la voz de Fliss–. Y hablando de todo un poco, ¿qué tal la vida en el campamento de Green Planet? ¿Habéis terminado de salvar el mundo por los demás?

Anna se acercó hasta las cajas y los viejos arcones que los hombres habían dejado amontonados en medio del ático polvoriento.

–Seguimos trabajando en ello –dijo en tono seco mientras abría un arcón y se fijaba en un revoltijo de ropa–. Salvar el Château Belle Eden de este... de ese vil promotor inmobiliario sería un buen comienzo.

–Bueno, si las noticias que han llegado al despacho son que el «vil promotor» es Angelo Emiliani, no tienes ninguna oportunidad de salvarlo –respondió Fliss–. ¡Anna! ¿Qué te pasa? –añadió al oír la suave exclamación de Anna.

–Nada. Acabo de encontrar mi viejo arcón de los disfraces. Todo mi equipo de ballet está aquí; incluso mis viejas zapatillas de punta –enrolló las cintas alrededor de las zapatillas y entonces sacó despacio un montón de pesada tela de seda color crema del fondo del arcón–. ¡El vestido de novia!

Anna lo separó un poco y miró la prenda con admi-

ración. La tela había amarilleado con el tiempo y tenía manchas de moho. Se apoyó el teléfono en el hombro, se colocó el vestido encima y dio una vuelta despacio.

–Y pensar que yo creía que con esto parecía una novia de verdad –suspiró por teléfono–, como una princesa de cuento de hadas... Debía de ser de lo más ingenua.

Eso era decir poco.

Bruscamente se retiró el vestido y lo echó al arcón.

–De todos modos –continuó en tono dinámico–; como he dicho ya, no me queda nada que hacer aquí. Voy de camino.

–Estupendo. Estaré en la terraza de la cafetería, si puedo conseguir mesa. No te olvides de que Saskia Middleton cumple hoy veintiún años, así que ponte algo apropiado –añadió Fliss con preocupación–. No me he recuperado de la falda de vuelo y las botas de motera de la fiesta de Navidad de Lucinda. Su pobre madre no sabía qué decir.

Anna se miró el discreto vestido negro.

–No temas, voy muy formal –le dijo con pesar–. Y me he vestido así en tu honor, porque no tengo ninguna intención de ir a la fiesta de Saskia Middleton. Preferiría pasar una noche con Lucrecia Borgia y Hannibal Lecter. Pero reserva una mesa en la terraza y pide esos vermús. Llegaré en quince minutos.

Anna colgó antes de que Fliss empezara a discutir sobre la fiesta y pasó la mano por la seda resbaladiza del vestido de novia.

Cuántas cosas habían cambiado desde aquel verano en el que había creído que la vida era sencilla.

Nada era tan sencillo; ni siquiera ella misma.

El *château* era casi lo único que quedaba de aquella vida. Y ésa, pensaba con emoción mientras se levantaba, cruzaba rápidamente la pieza y bajaba las escaleras, era la razón por la cual no tenía intención de aban-

donar sin pelear. No tenía nada que ver con sus sueños de vestidos de novia y campanas de boda; pero su madre estaba muerta, sus sueños rotos y el significado de su propia identidad totalmente perturbada. *Ésa* era la razón por la que tenía que agarrarse a los últimos jirones de la persona que creía haber sido.

En ese momento se oyó un portazo abajo.

Anna cruzó el descansillo y quedó inmóvil. Una ráfaga de viento recorrió la casa un instante antes de que todo volviera a la normalidad. Sin embargo, el ambiente parecía distinto, ligeramente cargado, como cuando iba a estallar una tormenta; y Anna supo que no estaba sola en la casa.

Subió de puntillas el tramo de escaleras que acababa de bajar.

Pasaron unos segundos sin que se oyera ni un ruido. Entonces, se oyeron unos pasos en el pasillo. Supo que eran los pasos de un hombre porque eran lentos y mesurados, como los pasos del asesino del hacha de las películas de terror que había visto.

Los pasos se detuvieron.

Anna se echó hacia delante y se asomó tímidamente por la barandilla.

¡Tenía razón!

Era un hombre; muy hombre y muy rubio. Tal vez porque ella lo miraba desde arriba, le pareció que tenía los hombros más anchos que había visto en su vida.

–¿Hola?

Tenía una voz profunda con ligero acento extranjero, una voz preciosa, y Anna se dijo que no parecía un asesino.

–¿Quién está ahí?

Ella fue a responder pero apenas le salía un hilo la voz.

–De acuerdo, subiré yo –dijo el hombre después de maldecir entre dientes.

Anna sabía que se estaba comportando de un modo ridículo. Él, quienquiera que fuese, iba a subir y la vería allí acogotada en el descansillo como un animalito aterrado.

–No se moleste –respondió Anna mientras trataba de adoptar un aire natural y despreocupado.

Se acercó a las escaleras y empezó a bajar, muerta de nervios.

El hombre que estaba al pie de la escalera era su fantasía hecha carne. Por un instante todo quedó suspendido, y Anna regresó corriendo al pasado, como si tuviera diez años otra vez, con un ramillete de nomeolvides y rosas en la mano, bajando las escaleras para encontrarse con su héroe. Él estaba allí, tal y como ella se lo había imaginado tantas veces.

Sólo que sus ojos azul plata no la miraban con adoración, sino con una frialdad gélida.

–¿*Gesù*, quién demonios es usted?

Angelo Emiliani no era consciente de la hostilidad de su tono y no se molestó en disimularlo.

Arundel Ducasse tal vez fuera una de las agencias inmobiliarias de más renombre, con delegaciones en la mayoría de las grandes ciudades europeas, pero en las negociaciones de las últimas semanas con ellos no le habían sorprendido precisamente por su eficacia. En esa ocasión parecía que no sólo se habían equivocado con la hora de la visita, impidiéndole por consiguiente que él pudiera darse primero una vuelta solo por el *château*, sino que además le habían enviado a una joven oficinista con pinta de delincuente juvenil.

Y, desgraciadamente para ella, la paciencia no era lo suyo.

Se detuvo en el antepenúltimo escalón, donde ella quedaba un poco por encima de él, con expresión tanto nerviosa como desafiante. A pesar de su irritación, Angelo sintió algo extraño por dentro.

–Tal vez yo debería preguntarle lo mismo.

–O bien todos los que trabajan en la oficina de Arundel Ducasse de Niza han caído enfermos, o bien no comprendo cómo han podido enviar a la chica de las fotocopias a un asunto tan importante como éste.

Ella emitió un gemido entrecortado.

–Angelo Emiliani –dijo ella.

Su manera de pronunciar su nombre lo sacó de su ensimismamiento, y fue entonces cuando se fijó en ella bien. Había pensado que los colores de su pelo eran resultado de la luz que entraba por el cristal emplomado de la bóveda, pero entonces vio que tenía unos mechones pintados de rosa chillón en la melena negra que se había retirado de su delicado rostro ovalado. La miró despacio, fijándose en los ojos pintados de kohl y en el vestido mini negro, y entonces cayó en la cuenta. Había visto el campamento de los que protestaban entre los árboles al acercarse al *château*. Esbozó una sonrisa pausada.

–Correcto, *signorina*... ¿Y se llama usted?

Ella vaciló un momento, pero enseguida le tendió la mano y habló en tono claro y lleno de seguridad.

–Perdone, señor Emiliani, pero me ha pillado desprevenida. Soy Felicity de la oficina de Arundel Ducasse en Londres. He estado hablando con la marquesa de Ifford sobre la venta del *château*. Estoy de vacaciones en Cannes y se me ocurrió venir a verlo en persona.

Una mente rápida. Al menos tenía que concederle eso; y que era mucho mejor que los activistas medioambientales que no dejaban de poner piquetes en sus solares en construcción y protestaban a las puertas de sus oficinas de Londres y Roma.

–Entiendo –dijo él mientras trataba de ahogar una sonrisa.

La caza de los manifestantes era uno de sus depor-

tes favoritos, y esa vez había un atractivo añadido, teniendo en cuanta la belleza sin precedente de la presa. El deseo de seguirle la corriente, de continuar con su charada, le pareció irresistible.

–Bueno, me alegra mucho que lo hayas hecho Felicity –avanzó un paso hacia ella, percibiendo una sombra de inquietud en sus grandes ojos–. Me alegro muchísimo. Como habrás comprobado, su colega de la mucho menos eficiente oficina de Niza no se ha presentado y, debido a desagradables... acontecimientos, me gustaría mucho poder aclarar este asunto hoy mismo.

–¿Acontecimientos?

Suspiró.

–Me refiero a nuestro pequeño grupo de campistas del bosquecillo. Los he visto cuando subía por el camino, y cuanto antes estén las escrituras de esta propiedad a mi nombre, antes podré despedirlos para que empleen su tiempo en algo mejor. Detesto ver jóvenes idealistas perdiendo el tiempo por una causa perdida.

Anna apretó los puños con rabia, y él avanzó hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos.

–Entonces es tu día de suerte, Felicity. Como tú me vas a enseñar la propiedad, serás quien te lleves la comisión de la venta.

Anna se quedó pálida. Le horrorizaba la idea de enseñarle su querido *château* al hombre que quería quedárselo.

–Supongo que eso no te importará, ¿verdad? –él seguía mirándola con sus ojos fríos–. Al fin y al cabo eres una empleada de la agencia que se supone que va a venderme esta propiedad.

–Sí, claro; como he dicho, yo...

–Bien. Y como has dicho que eres quien llevas la venta de esta propiedad desde la oficina de Londres, la conocerás bien.

–Sí –respondió ella con serenidad pasmosa.

–Entonces no perdamos más tiempo –él esbozó una sonrisa que iluminó toda su expresión–. He quedado con el maestro de obras aquí la próxima semana, así que ya ves que no tengo tiempo que perder.

–¿No le parece un tanto presuntuoso por su parte? Hasta que no esté firmado el contrato, no hay nada seguro.

–De presuntuoso nada; sencillamente realista. Siempre consigo lo que quiero. ¿Bueno, y me vas a enseñar la casa, o llamo a Niza para que me envíen a otra persona?

Ella esbozó la más dulce de sus sonrisas.

–¿Por dónde le gustaría empezar?

Él bajó la vista un momento. Su respuesta, le provocó un nudo en el estómago.

–¿Qué tal si empezamos por el dormitorio principal?

Estaba esperando en el descansillo, a la puerta del antiguo dormitorio de su abuela, fastidiada por haber reaccionado con tanta emotividad como respuesta a su patente coqueteo.

¿Cómo podía haber contado una mentira tan ridícula? Fliss la mataría cuando se enterara de que había «tomado prestada» su identidad. Si Emiliani se quejaba a su jefa, Fliss estaría metida en un buen lío por su culpa.

Sólo tendría que ser muy agradable con el asqueroso del *signor* Emiliani para no darle motivos de queja. Claro que eso no iba a ser fácil. ¿Cómo podía haber quedado ya con los contratistas en tan sólo unos días para destrozar su querido *château* cuando la venta no estaba en absoluto asegurada? Sólo de pensarlo le hervía la sangre.